

PASEO A MEDIA NOCHE

Parte 1

Era ya pasada la medianoche cuando Marco se deslizó fuera de su casa. Sus amigos, Ilko y Mitko, lo esperaban junto al auto.

-¿La conseguiste? -preguntó Ilko.

Marco sonrió, balanceando la llave del auto frente a ellos. Sus padres estaban durmiendo, en su cama. Nunca se enterarían de que él y sus amigos habían salido en el auto.

Los tres muchachos se subieron al coche y, con Marco al volante, dieron vueltas por las calles de su pueblo. No iban a ninguna parte, solo estaban dando vueltas.

-Qué gran idea que tuvimos -exclamó Mitko. Los demás estuvieron de acuerdo.

Pero, no habían estado afuera mucho tiempo, cuando las luces del auto parpadearon y se apagaron. Marco quitó el pie del acelerador, para poder ver por dónde iba.

-¿Volvemos? -preguntó.

Los tres chicos decidieron que no iban a dejar que un par de luces arruinaran su diversión. Quién sabe cuándo tendrían la posibilidad de hacer esto nuevamente.

Unos minutos más tarde, sin embargo, dar vueltas en auto tarde a la noche no les pareció tan buena idea, especialmente cuando vieron un auto de la policía estacionado al lado del camino. Cuando el oficial de policía los detuvo, sus corazones casi se paralizaron: sabían que estaban en problemas.

El policía los detuvo porque no tenían luces. Pero, cuando descubrió que adentro del auto había tres chicos sin licencia para conducir los llevó a la estación de policía, para interrogarlos. “¿Por qué fuimos tan tontos?”, se preguntó Marco. “¿Por qué pensamos que sería divertido escaparnos con el auto?”

Los tres chicos habían pensado que nadie nunca lo sabría. Pero, como dice la Biblia, “pueden estar seguros de que no escapan de su pecado”. Algún día se revelarán aún las cosas que hacemos en secreto. Así que no te engañes pensando que hacer lo malo es divertido, sino que pídele a Dios que te ayude a no meterte en problemas.

Parte 2

Los tres chicos -Marco, Mitko e Ilko- estaban sentados, apretujados, en un rincón de la estación de policía. Como uno de ellos tenía una navaja en el bolsillo, un policía los había interrogado para saber si tenía algún otro plan en mente; como robar, por ejemplo. Cuando el oficial se dio cuenta de que los muchachos no estaban pensando hacer nada malo, los dejó ir, con una advertencia.

-Llamaré a tu padre, para que los venga a buscar-le dijo a Marco.

Los muchachos estaban sentados, mudos. Ahora, tendrían que enfrentar al padre de Marco. Seguramente estaría muy enojado. Por un lado, el llamado telefónico lo despertaría a mitad de la noche.

Además, el llamado sería de la policía, con noticias de su hijo, que supuestamente estaba durmiendo en su cama. Y, en tercer lugar, su hijo había sacado el auto sin permiso, cuando ni siquiera tenía edad suficiente para manejar.

¿Qué piensas que hará? -preguntó Ilko.

Marco se encogió de hombros.

-Me gustaría que no tuviéramos que descubrirlo...

Los minutos pasaban. Si tan solo pudieran retroceder en el tiempo... En eso, se abrió la puerta y entró el papá de Marco. Los chicos se pudieron de pie, listos para enfrentar las palabras airadas que seguramente recibirían. Pero, no vieron señales de enojo en el rostro del padre.

Sin una palabra, les hizo señas de que salieran con él. Durante el viaje de vuelta hasta su casa, el papá de Marco no dijo ni una palabra. No era un silencio desagradable; solo un padre cansado. La Biblia dice: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. Cuando hacemos algo malo, a veces tenemos miedo y vergüenza de ir a Dios; pero, él nos extiende su gracia. En lugar de temer el encuentro con Dios, podemos decirle que lo sentimos y aceptar el amor y el que él ofrece.

Por Helen Lee Robinson